

La vida, la obra

Aunque a lo largo de los años Virginia Woolf intenta dibujar no tanto una biografía como un esbozo, por definición esquemático, de su vida, enseguida es consciente de no conseguirlo. Mientras tanto, la cantidad de cosas que recuerda es enorme: son impresiones de sonidos e imágenes, sensaciones auditivas y táctiles, que a menudo traslada a sus personajes. Las reconoce como suyas pero no le sirven para reconstruir a «Virginia». ¿Cómo describir a Virginia? ¿Ella a sí misma? ¿Es posible conocerse contando las cosas así, simplemente como han ocurrido?

A ella no se lo parece. Más bien cree firmemente que las cosas en sí mismas no representan nada, que se convierten en lo que se convierten dependiendo de la persona a la que le ocurren; un determinado número de acontecimientos puede, sin duda, ordenarse y recogerse, pero esto por sí solo no revela a la persona a la que le han ocurrido. El ser humano es complicado, es un misterio. En particular, ella no sabe quién es; por eso crea personajes que son también sus sosias, sus dobles. Por eso escribe novelas.

Un cierto día, para ser exactos el 18 de abril de 1939, intenta, de todas maneras, emprender la exploración de lo que ya ha vivido, se encamina a inspeccionar su «yo» pasado y pretende aferrar sus propios recuerdos. Pero está llena de dudas;

vacila en cuanto a su verdadero contenido. Al mismo tiempo, se da cuenta enseguida de que su «yo» pasado no es algo que esté ahí, inmóvil; es algo que más bien vive en relación con cómo es ella hoy, con lo que recuerda, con lo que ha quedado grabado en su naturaleza, en su carácter. ¿El carácter –y por ello entiende la naturaleza esencial, la forma que la naturaleza toma encarnándose en rasgos especiales, manías, preferencias, ideales, en fin, lo que es la individualidad– cómo se forma? A veces tiene la vaga sensación de que una fuerza ajena la arrastra a hacer lo que hace, tiene la impresión de vivir bajo los efectos de una droga; ¿es eso el carácter?

Además, la memoria es involuntaria, el pasado no viene a nuestro antojo. Si se concentra en ello, no siempre se encienden los colores, se iluminan las formas... A veces, sí, ve ciertos rostros, rostros de personas, rostros que son imágenes de cosas, de sentimientos, pero es como si vinieran insuflados de otro mundo: extranjero. ¿Puede ser que el sentido de la realidad dependa de un enjambre de fantasmas? El sentido del pasado, de esto está segura, reside en la imaginación, en el corazón; pero cuando habita en la imaginación, en el corazón, ¿es verdad?, ¿es historia?, ¿es deseo?, ¿es poesía?, ¿es ficción?, ¿o sueño? De todas maneras, en su caso, siempre fue así; siempre fue el corazón el que pensó. Y cuando el corazón piensa, el corazón se manifiesta por imágenes. Pero el corazón que lleva en el pecho no es solamente «suyo», no es un órgano: es un mundo.

Su «yo», el pronombre de la primera persona del singular, no es, de hecho, una persona; ella no se identifica con ese agente gramatical que unifica la experiencia. Ella es una escritora y como mucho, y gracias a la tercera persona, habla de ella. Por el particular tipo de escritora que es, lo que da unidad a su experiencia es el estilo, el ritmo y la repetición de ciertos temas. Por eso no sabe concebir su autobiografía si no es en fragmentos, fragmentos de recuerdos que se han convertido en pequeñas escenas y vívidas fantasías. Pero ¿son reales?, ¿son hechos realmente ocurridos?, ¿o construcciones imaginarias con las que el alma, no en el momento, sino más tarde, ha

reaccionado ante experiencias que de otro modo no podía asimilar? Todo en el alma es «imaginal», piensa a veces Virginia.

Si le preguntásemos por qué vuelven a su cabeza determinados recuerdos y no otros, no lo sabría explicar. Diría que tan importantes como los recuerdos son las cosas que no se recuerdan, incluso quizá más importantes. ¿Por qué recuerda el zumbido de las abejas mientras bajaba por el sendero hacia el huerto y no cuando su padre la cogió y la tiró al mar para que aprendiese a nadar? Este recuerdo lo olvidó y fue su hermana Vanessa quien se lo recordó. Los recuerdos, entonces, son a menudo recuerdos de otros, no nuestros.

De algunas ideas de su niñez sabe que nacían simplemente por cercanía, por contacto: que la locura y el amor estuvieran relacionados era una idea ligada a su primo James, el loco. Tuvo un accidente de tren, se golpeó la cabeza y perdió el juicio. Era guapo, joven y lleno de talento; seguramente habría sido un intelectual, un estudioso y, sin embargo, enloqueció. No siempre estaba loco, le daban repentinos ataques de locura: en una ocasión entró en la habitación de ellas y acuchilló un panecillo; otra vez cogió a Virginia por el brazo y la arrastró diciendo que quería hacer un retrato de ella en un trozo de madera. Murió con apenas treinta y tres años. Virginia no olvidará la mañana que entró en casa diciendo que ante sí tenía la locura o la muerte; se lo había dicho el doctor Savage y él lo repetía con macabra alegría. El doctor Savage será más tarde uno de los doctores de Virginia.

Que la muerte abrazaba al amor para hacerle su fúnebre amante es otra idea que venía a su mente a través de Stella, la amada hermanastra, que confirmó con su destino esta obscura alianza. Sin embargo, otras ideas se imponían en virtud de complejos y retorcidos caminos mentales que hoy no sabría reconstruir. En el oscuro salón de Kensington había aterradoras y misteriosas sombras. Muchas cosas no se podían preguntar, en otros casos había que fingir que no se oía, que no se veía.

Pero si Virginia escribiera su autobiografía sería oportuno preguntarse, por respeto a los lectores: ¿es su psicología lo

que interesa? Y si fuera así, ¿quién nos dice que para entender su psicología haya que conocer las muchas cosas que hizo? Y de ellas ¿valdrán más las que salieron bien o las que no salieron bien?

Si ella tuviera que responder diría que valen más estas últimas: todo lo que no consigue y continúa asediándola. Por ejemplo, no consigue describir el no ser. En todos los días hay mucho no ser. El tiempo pasa y no nos damos cuenta. Pasa de verdad, fluye, se pierde. Cae como a través de un colador y es absorbido por una especie de esponja. Cuando ella era niña casi todo el tiempo pasaba absorbido por la esponja. No dejaba ningún rastro. Y, sin embargo, ella asimilaba todo y crecía. ¿Es el proceso de formación de la personalidad análogo a la asimilación que precede al crecimiento corporal?, se preguntó a menudo; si es así, todo lo que se pierde cuenta muchísimo.

Siempre suponiendo que Virginia quisiera escribir su autobiografía, tendría que contar el pasado sabiendo que el pasado, mientras lo cuenta, se ha hecho presente. Sería interesante que las dos Virginias, la de entonces y la de ahora, estuvieran una frente a la otra. Pero esta complejidad la desorienta. En realidad consigue crear personajes redondos, completos, sólo en el caso de aquellos a quienes ha conocido y después han muerto. En el caso de los que están aún vivos no le sale tan bien.

Lo mismo ocurre con los lugares; tomemos el parque de Kensington. Cuando era niña era distinto: recuerda los globos rojos y violetas y las anémonas; recuerda fragmentos de colores, figuras y sonidos que flotan en inmensos espacios vacíos. Cuando más tarde vuelve a Kensington Gardens, ya no consigue recuperar la perspectiva de entonces. La perspectiva de un niño es curiosa, deforma, altera las proporciones. Además la niña que ella era tenía extraordinariamente agudizados los sentidos, era capaz de intensos éxtasis y embelesos. No importaba otra cosa, en cierto sentido no participaba la mente, ni siquiera el corazón; eran los sentidos los que se excitaban; y ella se convertía en la receptora de sensaciones fuertes y vio-

lentas; así era como la realidad le manifestaba sus múltiples y diferentes aspectos.

Recuerda la aparición imprevista en un rostro de la realidad sin esperanza: el encuentro con un chico retrasado mental con la mano extendida. O la revelación de una tristeza sin consuelo en el rostro de una mendiga desdentada a la salida del metro. Son fantasmas que la acompañaron en silencio, que ni siquiera sabía que la habitaban y que reemergieron escribiendo y han quedado fijados en sus páginas.

De una cosa está segura: en la infancia se crea una huella y de ahí se desarrolla el destino. Pero, en su caso, ¿cuál es la huella?, ¿la seguridad de la cuna, el sosiego de la habitación de los niños dirigido por la mano segura de su madre? Cuanto más recuerda, más se le aparecen la seguridad y el sosiego como una ilusión. Y también debían parecer una ilusión entonces, porque rememora también el miedo. No la angustia, ésa llegó más tarde: se abalanzó sobre ella cuando se quedó huérfana. Pero, antes de eso, recuerda los modos secretos y silenciosos en los que advertía la gravedad de un problema acechante, y la amenaza convirtiéndose en terror. Y como, al contrario que el animal, el niño no conoce guaridas, empezó desde entonces a armarse contra el peligro, acogiéndolo.